

Ana Armesto

La filmoteca



Relato publicado originalmente en colección de autoría colectiva (2020):

Título: *Palabras de Seda Fina VII. Todas las familias felices...*
Edición: Colectivo Hedera de Ecodesarrollo, Cultura y Deporte
Producción: Los Libros de Balmenhorn (http://www.balmenhorn.net)
ISBN: 978-84-949676-9-6
Depósito legal: A 478-2020

Posteriormente liberado y autoeditado (2022):

Título: *La filmoteca*
Autoría: Ana Armesto
Licencia: https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/
Descarga: https://archive.org/details/lady-godiva-la-filmoteca

Fuentes tipográficas:

Tipografía 1: Open Sans
Fuente: https://fonts.google.com/specimen/Open+Sans
Licencia: https://scripts.sil.org/OFL

Tipografía 2: Goudy Bookletter 1911
Fuente: https://www.theleagueofmoveabletype.com/goudy-bookletter-1911
Licencia: https://scripts.sil.org/OFL

Tipografía 3: Sorts Mill Goudy
Fuente: https://www.theleagueofmoveabletype.com/sorts-mill-goudy
Licencia: https://scripts.sil.org/OFL

Imágenes (portada y contraportada):

Autoría: Lino Braxe
Licencia: https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/



A Federica y Marifé, con quienes comparto
el amor por el teatro y la escritura
junto con una bonita y especial amistad.

A Lino Braxe, querido e entrañábel tío Lino,
por ese derradeiro agasallo en forma de ilustración
que deu vida ao meu Sr. López.

«Amei naquela ollada
o que había de sospeita.
E o medo das cousas
tiña naquel espello a ilusión
de disentir do futuro».

(Manuel Rivas, «A meiga na esquina da barra»,
en *A desaparición da neve*, 2009).

Terciopelo azul

Como todos los miércoles, el Sr. López acudió a la filmoteca de su barrio y, como todos los miércoles, a causa de su pequeña estatura, se sentó en la primera fila para así evitar que oscuras cabezas flotantes le robasen visión. El cine siempre había sido su pequeño intersticio, lo único que conseguía alejarlo de su monótona realidad para adentrarlo en un mundo de fantasía, donde la vida dejaba de ser un plato caliente a punto de enfriarse.

Aunque estaba abierto a ver todo tipo de películas, las clásicas eran sus preferidas. A los dieciséis años su abuelo le había descubierto la grandiosidad que se escondía tras la pantalla. Al quedarse embarazada de él, su madre había sido abandonada por su novio y, como el dinero que ganaba como limpiadora era insuficiente para poder mantenerse ella y el bebé, se había visto forzada a volver al campo con sus padres, donde el Sr. López acabaría pasando toda su infancia y adolescencia. Como en aquel entonces tener una televisión era un lujo, el abuelo había construido una y transformado el establo de la casa en una salita de cine para la gente de la aldea. Aquello había sido toda una revolución, hasta tal punto que el abuelo acabaría ampliándola por quedarse pequeña.

Aquella dulce canción, interpretada por la inquietante Isabella Rossellini, transportaba la mente del Sr. López a la orilla del mar, donde el suave batir de las olas le generaba paz y tranquilidad. Pero el mar es ambivalente y, cuando hay tempestad, resulta angustiante y perturbador, adentrando a quien lo contempla en lo más oscuro de su ser, como la cinta de Lynch, lo que peligrosamente seducía al Sr. López. De pronto, este fue sacado con brusquedad de su abstracción mental por el desconocido que se sentaba en la butaca de al lado. Que lo interrumpieran durante una película, era algo que el Sr. López no soportaba, lo mismo que las impertinentes

luciérnagas tecnológicas que aparecían constantemente en las salas de cine. Y no hablemos de los incómodos crujidos y sorbidos de quienes comían palomitas y bebían refrescos. Afortunadamente, esto no solía pasar en la filmoteca, donde comer y beber estaba correctamente prohibido. Todo aquello era más propio de las salas comerciales, a las que solo acudía cuando echaban algo que verdaderamente mereciese la pena.

Al acabar la proyección, Vicente, el entrañable conserje de la filmoteca, se acercó a la sala que ya creía vacía. Seguían corriendo los títulos de crédito acompañados de aquella preciosa canción. Al fondo, la silueta del Sr. López bailaba al son de la melodía aterciopelada:

> Ella vestía de terciopelo azul.
> Más azul que el terciopelo era la noche.
> Más suave que el satén era la luz
> de las estrellas...

Ya de regreso, caminando por el parque que conducía hacia su casa y acompañado por la música que seguía sonando en su cabeza, algo inesperado atrajo la atención del Sr. López. Se paró y se quedó con la mirada clavada en unos ojos penetrantes pero dulces que lo observaban fijamente. Esa mirada lo cautivó de tal manera que sintió cómo su cuerpo era invadido por una acogedora sensación, como la calidez de un edredón de plumas. Se aproximó hacia él y se sentó a su lado, ofreciéndole galletas caseras que su esposa siempre le preparaba para que se las tomase a la salida de la filmoteca. Su extraño amigo parecía tener buen paladar, pues se las comía casi sin masticar... o quizás solamente era hambre.

Hubo un largo pero agradable silencio. La nostalgia parecía haber inundado la mirada del Sr. López cuando comenzó a contarle a su nuevo amigo sus recuerdos de las horas que de niño pasaba recorriendo el bosque de su aldea. Se lo conocía como la palma de su mano: cada riachuelo, cada planta... Le encantaba dejarse envolver

por el sonido de la naturaleza mientras disfrutaba del simple hecho de estar allí, en medio del todo y de la nada, sin necesidad de pensar, solo de estar. El reloj había condicionado hasta tal punto su vida que le había impedido volver a disfrutar de aquel *dolce far niente*. Cayó en la cuenta de que, por primera vez, se había sentado en uno de los bancos de madera de aquel parque que tan a menudo atravesaba y al que tan poca atención prestaba. Aquellos ojos más azules que el terciopelo le habían hecho recordar lo absurdo y grotesco del tictac de su vida.

La librería

Empezaba un nuevo día. Era la hora en que el mundo se despertaba y los engranajes de la sociedad empezaban a girar. Florence Green era uno de esos engranajes que giraban sin parar, una pieza encastrada en un mundo muy exigente donde los cuerpos extraños eran eliminados en silencio. Si algo desprendía aquella película de Coixet, era el amor por los libros, algo que el Sr. López compartía también. Durante unos segundos la piel se le erizó de emoción. La señora Green le había revelado la definición perfecta de lo que era un buen libro: «la apreciada esencia del espíritu de un maestro embalsamada y preservada a fin de conseguir una vida más allá de la vida, razón por la cual es, sin duda, un artículo de primera necesidad».

Llevaba veinte años trabajando como librero, con la ayuda inestimable de su esposa, en una librería en la que había invertido todos sus ahorros y que ahora se encontraba en la cuerda floja. Con la aparición de franquicias, grandes almacenes y, sobre todo, con la llegada de las plataformas *online*, los pequeños negocios como el suyo estaban condenados. ¿Dónde se había metido el apasionado lector que leía con los cinco sentidos? Ahora lo que abunda es el consumidor de libros, ese que devora de forma insaciable sin que le dé tiempo a saborear y digerir, ese que solo lee obras sencillas y fáciles de entender, volviendo perezosa la mente. Los libros siempre habían acompañado al Sr. López desde muy jovencito: gracias a ellos había adquirido un nivel de imaginación muy elevado, tanto que las noches que pasaba despierto en la cama, sacaba más diversión y más miedo de una pared en blanco o de un mueble normal y corriente que la mayoría de los niños en una tienda de juguetes.

Durante aquella escena, el Sr. López cerró los ojos para poder sentir el tacto y el olor de aquel libro que Florence, al terminar

de leer, acariciaba como si de un hijo se tratase. Aquel momento era el más especial para ella, pues la historia le seguiría acompañando por largo tiempo. De eso se trataba también para el Sr. López, de que las historias habitaran en el interior de las personas, y para eso todo el mundo debía tener acceso a los libros. De ahí que en su librería tuviera un pequeño espacio de libros solidarios, cuyo precio se calculaba al peso. Aquella idea la había obtenido de un viaje que había hecho a Madrid, hacía ya varios años, para visitar su famosa Feria del Libro Solidario, que por aquel entonces era una auténtica rareza.

Cuando llegó al parque, allí estaba de nuevo su amigo, quien parecía inquieto, mirando a todas partes. A medida que el Sr. López se aproximaba, sentía un agradable olor a hogar, como si el hogar nunca hubiese sido para él un sitio, sino ese amigo que le acompañaba. Sacó las galletas caseras de su esposa y las puso en medio de ambos, no sin antes advertirle que las de hoy no eran de canela sino de jengibre, sus preferidas. En cuanto probó una, pareció gustarle, pues enseguida repitió.

El Sr. López le contó a su buen amigo que no podía quitarse de la cabeza a la protagonista de la película que acababa de ver. Aquella mujer desprendía bondad y sensibilidad por doquier. Sin embargo, a pesar de sentirse acompañada por los libros que la hacían viajar, soñar y crecer como persona, había cierto atisbo de soledad y de vacío en su mirada, lo que le recordaba a su madre. Pocas veces la había visto sonreír, aunque siempre se esforzaba por parecer feliz. Pronto dejó de fingir y a los cuarenta y cinco años se quitó la vida. Aquello había sido un duro golpe para el Sr. López, quien, desde entonces, se había convencido de que la *soledad* estaba presente en todas las edades, géneros y culturas. Todo el mundo sentía aquella palabra en algún momento de su existencia o, como su madre, toda la vida... Mientras la recordaba, las sílabas finales se extraviaron en su pañuelo. Pareciera que a su amigo, que había estado observándole

con mucha atención, aquella historia le tocaba de cerca. Su madre también había fallecido y sus hermanos y él habían quedado huérfanos a muy temprana edad. Una familia adoptiva lo había acogido enseguida, para dejarlo de nuevo abandonado al poco tiempo. A partir de entonces, había tenido que buscarse la vida él solito. Las circunstancias lo convertirían en un ser retraído, solitario y poco sociable. Desconocía lo que era sentirse en familia, aunque imaginaba que debía de ser algo parecido a lo que sentía cuando estaba con el Sr. López.

Shirley

Era miércoles y la proyección de la semana estaba a punto de empezar, pero el Sr. López, que era puntual como un reloj, aún no había llegado. Había tenido un pequeño contratiempo, porque su mujer le había pedido que, de camino a la filmoteca, dejase unas botas en la zapatería, donde se encontró con un cartel en la puerta que decía: «Vuelvo en dos minutos, disculpen las molestias». Pero esos dos minutos se convirtieron en quince.

Casi sin aliento, el Sr. López le preguntó a Vicente si había comenzado ya la proyección programada, un *biopic* literario dirigido por Josephine Decker. El conserje, que se había extrañado de no verlo antes, le dijo que llegaba justo a tiempo.

La película arrancaba en el vagón de un tren, donde una muchacha terminaba de leer el relato «La lotería» de Shirley Jackson, lo que le provocaba un arrebato sexual que la llevaba a incitar a su pareja a tener relaciones a escondidas en el baño. Esto solo era la punta del iceberg del universo Jackson, una de las escritoras preferidas del Sr. López por su capacidad para generar emociones incontroladas. Sus historias le infundían tal temor que acababan helándole la sangre y acelerándole el corazón.

En su modesta librería, el Sr. López tenía una pequeña estantería donde siempre colocaba libros de sus autores fetiche, rotundamente pasados de moda, en un inconscientemente desesperado intento por resucitarlos. Por supuesto, allí nunca faltaba el nombre de Shirley Jackson.

El Sr. López sabía que muchos de los espectadores de la sala que hubiesen leído aquel relato, con ese final tan macabro y angustiante, no entenderían la reacción de aquella joven. Pero a él no le extrañó, pues conocía bien la escritura de Shirley y sabía que podía ser muy poderosa, llevando al lector a límites inimaginables. Él mismo, al

terminar de leerlo, había tenido un impulso que podía haber acabado en tragedia de no ser por la repentina aparición de su esposa, antes de que aquel pisapapeles de piedra golpeara de nuevo su cabeza. Ante la consiguiente insistencia de su mujer para que viese a un especialista, el Sr. López había defendido su cordura señalando que solamente se había dejado llevar por ese poder mental que en ocasiones emana de la escritura de mentes brillantes. Aquella sobrecogedora explicación la había dejado aún más intranquila.

El placentero crujir de las hojas bajo la suela de los zapatos hacía que el Sr. López se sintiese en total sintonía y armonía con la naturaleza, conectándolo con esa música, esa textura y ese aroma que contrastaban con la gama de colores típica del otoño. Si había algo que disfrutaba de esta estación eran las castañas. Por eso, siempre llevaba consigo una bolsita de tela donde metía las que se iba encontrando por el camino para dárselas después a su esposa, quien las convertiría en ricos manjares.

El frío empezaba ya a asomar la patita. Al llegar al parque se encontró a su amigo tiritando de frío, así que el Sr. López compró un par de chocolates calientes. Aquella bebida ayudó a que ambos pasaran una tarde más agradable.

El Sr. López tenía su cara bañada de pensamientos: se preguntaba qué ocurriría si en una corrida se matase a una persona en vez de a un toro o si en Semana Santa se crucificase a alguien de verdad. Llegó a la conclusión de que el terror era algo programado por la sociedad como una manera de perpetuar la supervivencia y la identidad comunitaria. Cuando metió la mano en la bolsita de las galletas para coger una, ya no quedaban. Miró entrañablemente a su amigo y se dio cuenta de que tenían más en común de lo que imaginaba.

Desayuno con diamantes

Las pequeñas calles de la ciudad, inundadas de narices coloradas, bufandas lanosas de colores y frotamientos de manos, se habían transformado en jarrones helados que sujetaban ramilletes de hielo. Hoy era la última sesión de la filmoteca hasta después de las Navidades, pero el Sr. López no podría asistir. Se había torcido el tobillo por culpa de unas losetas levantadas que había en la acera de su calle y el médico le había prescrito reposo. Le fastidiaba no poder ver su película semanal y, aunque la de hoy ya la conocía, habría disfrutado reviviendo ciertos momentos —como el de la delicada Hepburn cantando «Río de luna» sentada en el alféizar de la ventana, una de las mejores escenas del cine clásico para nuestro librero— que conformaban un retrato perfecto sobre almas solitarias. Seres desamparados que no conocen su identidad ni su destino. Solos ante un mundo al que no pertenecen ni les pertenece, en busca de un lugar al que llamar «hogar». Infelices sin nombre. Se daba cuenta de que él no estaba muy alejado de aquella descripción como tampoco lo estaba su amigo del parque, al que hoy tristemente no podría saludar. Aquello le evocó la melancólica melodía de Henry Mancini:

> Río de luna, más ancho que una milla,
> te voy a cruzar con estilo algún día.
> Viejo creador de sueños, rompecorazones,
> adondequiera que vayas, yo sigo tu camino…

La alocada fragilidad de aquella joven neoyorkina llamada Holly, de alguna manera le hacía recordar a esa moza que hoy era su esposa. Cerró los ojos y sintió el delicioso aroma a especias que ya entonces envolvía su figura con aquel sencillo y bonito vestido malva que se ponía los fines de semana cuando salían a pasear. Podía imaginársela perfectamente como la Hepburn, toda glamurosa, después de una

noche de fiesta, comiendo un cruasán delante del Tyffany's, pero con su toque de olor a nuez moscada, espliego y canela.

Cansado de estar echado, el Sr. López cogió su muleta y su chaqueta y salió a la terraza para refrescarse. Él y su esposa vivían en una casita muy acogedora a ras de calle, lo que resultaba ciertamente incómodo, pues la terraza siempre era objeto de las indiscretas miradas de los viandantes. Habían pensado en tapiarla, pero desistieron de tal idea ya que no querían privarse de poder disfrutar del precioso paisaje marino que tenían enfrente, donde en esta estación las olas del mar resonaban como cristales rotos. Una vez se hubo acomodado en su pequeña y redonda mecedora de mimbre y con su manta de lana estirada por las piernas, de pronto, en la cara del Sr. López se dibujó una expresión de sorpresa y alegría a la vez: su gran amigo estaba allí delante, había ido a visitarle. El Sr. López, que no salía de su asombro, le hizo pasar. Le ofreció una mantita que había en la otra mecedora y, cuando su compañero se aposentó, ambos se miraron emocionados durante unos segundos.

Al regresar de la librería, la Sra. López pudo conocer por fin a ese ser entrañable que tanto disfrutaba de sus galletas caseras. Sin pensarlo, le propuso que pasara con ellos las Navidades, lo que a su marido le pareció un plan excelente. El invitado, fascinado por la idea de conocer un hogar, maulló de alegría.

Casa de los Babys

La música de un coche que pasaba cerca de la casa, hizo que el Sr. López viajara atrás en el tiempo, a ese día en el que sus pies lo arrastraron a la filmoteca por primera vez. En el oscuro pasillo que lo guiaba hacia las butacas, flotaban notas musicales de aquella canción de cuna que una encantadora nodriza mexicana cantaba a sus bebés del hospicio. Se puso a tararearla mientras entraban en el hogar:

Duerme, duerme, negrito,
que tu mama está en el campo,
negrito...
Te va a traer
rica fruta para ti.
Te va a traer
muchas cosas para ti.
Y, si el negro no se duerme,
viene el diablo blanco
y, ¡zas!, le come la patita,
¡chacapumba!...

Ya dentro, el amigo tuvo la impresión no de entrar en una casa, sino en la *idea* de una casa. Por todas partes había cuadros de diferentes colores, tamaños y estilos. Algunos colgaban de la pared, mientras que otros estaban apoyados en el suelo, como si de una sala de museo se tratase. El Sr. López observó cómo su amigo los miraba con curiosidad. Le dijo que algunos de aquellos cuadros representaban los hijos que él y su mujer no habían podido tener. De pronto se vio a sí mismo emulando aquella primera escena de la *Casa de los Babys*, cuando un primer plano va mostrando a cámara lenta a todas las criaturitas del orfanato, «ejército de almas listas para viajar a tierras lejanas». Aprovechando que la Sra. López estaba en la cocina haciendo galletas, le confesó que el no haber sido padres les

había dejado un vacío enorme convirtiéndolos en un matrimonio muy unido, pero a la vez triste y alicaído. Y ese fue el motivo que llevó a su mujer a refugiarse en aquella colección de arte; decía que la vida había pasado de largo para los que no tenían hijos.

Un ronroneo hizo que el Sr. López se fijara en que su amigo permanecía inmutable frente a un óleo, como si estuviese tratando de adivinar su significado. Aquella pintura de estilo cubista representaba la angustia y desesperación de una mujer que era el espejo de la Sra. López y que, al igual que Daryl Hannah en la película, paría muerte. Para su compañera, todas aquellas pinturas de mujeres no-madres no representaban un acto de liberación, sino una autoflagelación que le hacía recordar que había fracasado como mujer, y conservarlos a la vista mantenía latente un dolor que no quería olvidar. En su día, los López habían llegado a plantearse la adopción, pero era un proceso demasiado lento y costoso, por lo que acabaron por resignarse. Con el paso de los días, la casa parecía haberse alejado de aquel manto de tristeza y soledad que la envolvía cada año por esas fechas. En su lugar, se había instaurado aquel agradable aroma a pino del pequeño árbol navideño que el Sr. López y su amigo habían ido a buscar al rastro. Mientras, la Sra. López se había dedicado a tejer unos preciosos gorritos navideños. Al invitado no parecía gustarle demasiado ponerse aquello en la cabeza por más que ella insistía, si bien disfrutaba jugando con el enorme y colorido pompón. Aunque lo que más le entretenía eran las luces del árbol lleno de guirnaldas y figuritas, podía quedarse mirando aquellos destellos de colores durante horas.

A medida que transcurrían los días, el Sr. López empezaba a observar una incómoda perplejidad ante el papel que había adoptado su esposa. Como en la película de John Sayles, de alguna manera enfrentaba la maternidad únicamente como un derecho de la mujer, sin tener en cuenta los derechos, en este caso, de su entrañable amigo, quien empezaba a mostrar signos de inquietud. En parte,

suponía el Sr. López, por el encerramiento en aquella casa durante tanto tiempo, que lo alejaba de ese mundo libre y exento de normas al que pertenecía, y en parte también por ese acoso maternal. El Sr. López temía que su esposa no estuviese preparada para aceptar aquella inevitable ruptura.

La mujer de la casa emanaba alegría por todas partes. Hacía tiempo que no era tan feliz. Cuidaba del nuevo huésped con el mismo amor que la nodriza mexicana a sus pequeñas e indefensas criaturas, con la diferencia de que aquellos lindos bebés se dejaban querer. Cuando el Sr. López los veía juntos, era como rememorar ese momento de la película en la que una adolescente es obligada por su madre a dar a su recién nacido a una casa de acogida, sin tener en cuenta su opinión.

El momento de la despedida estaba a la vuelta de la esquina. El Sr. López se sentía bastante apenado, pues se había acostumbrado a su compañía, pero confiaba en seguir viéndolo en el parque a la salida de la filmoteca. Su mujer, en cambio, estaba destrozada. De alguna manera había encontrado en aquel entrañable ser, ese hijo que nunca había tenido. La noche anterior a su partida, la Sra. López, con lágrimas en los ojos, suplicó a su esposo que no lo dejara marchar, pero, aunque a este se le partía el alma de verla así, no podía hacer tal cosa. Mientras la miraba, veía en ella a la dulce empleada de hotel que tras las cortinas de una habitación observaba con sus ojos vidriosos llenos de dolor a una niña que le recordaba a su pequeña Esmeralda, a quien por circunstancias de la vida se había visto obligada a entregar en adopción. El Sr. López sabía que aquel adiós sería el desencadenante de todos los desvelos humanos que él y su mujer ya habían sufrido en el pasado. Empezó a presentir la catástrofe, la veía delante de sí, podía palparla con las manos... Pensaba en su esposa y en su sufrimiento, pero también en su amigo y la lealtad que les unía. Tenía que tomar una decisión.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac, tic, tac...

La noche era calma y, mientras se espesaba el silencio de aquella habitación, que rodeaba las paredes y los muebles, estos empezaron a hablar. Aquel sonido era indefinible y los pensamientos del Sr. López empezaron a girar en torno a una idea fría y perversa... El pobre gato no volvería a recuperar su libertad.

Índice

Terciopelo azul..........5

La librería..........8

Shirley..........11

Desayuno con diamantes..........13

Casa de los Babys..........15



Relato publicado originalmente en la colección *Palabras de Seda Fina VII. Todas las familias felices…* (2020), producida por el sello editorial Los Libros de Balmenhorn. Posteriormente liberado y autoeditado con licencia CC BY-SA 4.0 (2022).

A través del cine, la música y los libros, el Sr. López intentará llenar de luz y color una vida aparentemente anodina, entre la familia y la soledad, entre la amistad y el vacío existencial.